

## CHILE EN TRES TIEMPOS DE SU DESARROLLO

Modesta Capitania General, país pobre y apartado, Chile es uno de los pueblos en que el avatar humano cobra sentido dramático. La leyenda lo cubrió con una siniestra fama de miseria, que difundió Almagro, a quien, por raro designio de la suerte, llamaron «el chileno» los soldados de Pizarro, en las guerras civiles de la conquista peruana.

Si Almagro fué un oscuro palurdo, Valdivia, en cambio, fué un militar distinguido y cuya pluma sintió pronto el embrujo de la tierra que conquistó. El primero había forjado un mito de pobreza que el segundo transformó en una conseja rutilante que circuló pronto en los tambos de El Cuzco y en las pulperías limeñas. Fueron soldados, frailes y una escogida gente antañona los que se lanzaron a la aventura austral.

Al lado del Pacífico, nuestra patria representa, como ha dicho Emilio Romero, una cornisa alzada sobre los abismos del mar y clavada al pie de la tremenda cordillera azul y blanca. Parece que la cornisa se hundirá de pronto o que los Andes la aplastarán. Pero el chileno ha luchado empeñosamente con su medio geográfico y ha sabido domesticarlo. Domeñando sus ríos prodigiosos, sin la inmensidad del trópico, pero también amenazadores en sus titánicas crecidas invernales. Obreros chilenos trabajaron el caliche en el siglo XIX y subyugaron la pampa salitrera. También fueron colonizadores en el territorio del Nauquén, como lo ha pintado el recio novelista Daniel Belmar en su libro *Coirón*. El empuje criollo se vertió por el Pacífico y muchos peones se convirtieron en marineros y comerciantes. Los barcos nacionales llegaron a Tahití y la bandera estrellada apareció un día en la isla de Pascua, en plena Polinesia. En San Francisco de California, durante la fiebre del oro, los caballeretes santiaguinos dejaron sus ajustados fraques para usar el rústico atavío del minero. Vicuña Mackenna, en 1852, re-

corrió un barrio popular de la capital de California que era designado con el nombre de «Chilecito».

Pero toda esta energía positiva fué el producto de un mestizaje entre españoles e indios del norte y del centro del territorio. Las primeras mujeres que llegaron al país fueron las esforzadas hembras indígenas que los compañeros de Valdivia concertaron en El Cuzco. Sólo en tiempos de don García Hurtado de Mendoza, cuando arribó el egregio poeta Ercilla en su cortesano acompañamiento, se trajeron unas cuantas señoras principales para matrimoniarlas con algunos encomenderos establecidos en este suelo.

La conquista de Chile ofrece un ritmo épico y heroico que se transparenta en su literatura primitiva y en el estilo de vida de la época. El militar constituía el núcleo principal de la población. Las necesidades alimenticias le obligaban a alternar ese ferrado oficio con las más sedentarias ocupaciones agrícolas. La economía de la casa de Austria era buscona de oro, como apuntó Basterra, y no fué una excepción la Capitanía General donde Valdivia derramó la energía creadora de su genialidad política estableciendo un cordón de ciudades estratégicas en el Sur y un respaldo económico en los abundantes lavaderos de oro que diezmaron a la población indígena.

El fraile acompañaba al soldado y a menudo cambiaba su libro de oraciones por una espada. Pero no todos fueron combatientes. Primero, Gil González de San Nicolás, dominico, iluminado por las predicaciones del P. Las Casas, y luego el jesuita Luis de Valdivia, conminaban a los oscuros soldados y a sus caudillos con los fuegos del infierno si mantenían la servidumbre personal de los araucanos y de otros indios de condición más pacífica.

Un extraordinario cronista, el P. Diego de Rosales, bautizó a Chile como «el Flandes Indiano». Se extinguían los batallones castellanos, leoneses y extremeños entre las emboscadas fronterizas y las guazabaras de las impetuosas huestes de Lautaro, Caupolicán, Galvarino y otros *toquis*.

La fisonomía definitiva de Chile colonial se empezó a definir mejor alrededor de 1630. Una existencia más vegetativa se disfrutaba en Santiago y otras poblaciones donde moraban los obispos, los frailes, los burócratas reales y los funcionarios altivos de la Real Audiencia.

Mientras la conquista del Perú y de México fué obra de un golpe de audacia y del repentismo de Pizarro y de Cortés, la pacificación de Chile no se consiguió definitivamente en todo el período colonial.

La civilización mestiza se extendió desde el desierto de Ata-

cama hasta el río Bío-Bío, que cantó Lope de Vega. Islotes de poblaciones yacían sedentariamente y casi por milagro un poco más al Sur. La renombrada ciudad de Villarrica, en la actual provincia de Cautín, fué destruída por una insurrección araucana. Osorno también conoció idéntica suerte, y Valdivia constituía un soporte extremo de las fundaciones hispánicas en la porción austral del alongado territorio.

El rostro de la sociedad nacional empieza a modelarse de un modo definitivo a fines del siglo XVI. Arriba estaban las castas superiores: el español y el criollo, hijo de españoles de pura sangre. Más abajo, los mestizos o hijos de india y de español y la cobriza masa de los indios puros que sumaban un millón de individuos alrededor de 1541.

El conjunto de los españoles y criollos no pasaba en 1500 de unas 5.000 personas, pero reemplazaba ventajosamente a sus enemigos —los araucanos— por la calidad de sus armas y la mejor técnica.

La economía criolla fué sustentándose en la agricultura combinada con una minería que se abastecía en la abundante y baratísima mano de obra.

Aunque el carácter del mestizaje todavía no ha sido agotado por los investigadores, creemos que es el núcleo más valioso de la composición racial de Chile. El español no hizo ascos a las indias y se mezcló generosamente con ellas. Rara vez se educó al indio, pero la Iglesia se ocupó, a menudo, en su destino. Combatió los abusos de los encomenderos, abrió escuelas para los naturales, misionó y adoctrinó en la lejana Araucanía y contribuyó al conocimiento de la psicología de los araucanos con las gramáticas y diccionarios que escribieron los jesuitas Valdivia y Havestadt. En la primera etapa de la conquista no todos los religiosos exhibían maneras pulidas y hábitos pulcros, pero en el fondo resultaron buenos civilizadores y cumpliendo con sus deberes de una manera satisfactoria.

El negro empezó más tarde a sustituir al indio en ciertos trabajos domésticos, en faenas agrícolas y también en incipientes industrias. Los negros llegaban desde el Perú y también de la Argentina. Los mercados de esclavos de Portobelo y del Brasil eran los lejanos puntos de partida de estos elementos de trabajo que, por lo general, no resistían el clima o eran relativamente escasos por su elevado precio. Se estima que cuando se dió la libertad de los esclavos en 1823 no había en Chile más de 4.000 negros, en su mayoría viejos, que se beneficiaron de tan humanitaria medida.

Uno de los prejuicios más arraigados en la psicología chilena es

el de la homogeneidad de su raza. Teóricamente parece que esto fuese una verdad demostrable por la escasez de negros. Pero, en cambio, las indias del centro y del sur abastecieron las apetencias sexuales de los conquistadores. La mezcla con los araucanos fué más moderada por la resistencia heroica de este pueblo a todo propósito esclavista de los españoles.

Un agudo historiador nacional, Francisco A. Encina, ha hablado con extrema franqueza de la liberalidad erótica de los conquistadores. La barraganía constituía algo natural y sólo en la segunda etapa del dominio hispánico se amenazó a los encomenderos con la pérdida de sus tierras si seguían viviendo con sus mancebas aborígenes. Es el caso del padre del ilustre Inca Garcilaso de la Vega, quien tuvo que abandonar a la madre del cronista, Isabel Chimpu Ocllo, para casarse con la blanca Luisa Martel. El mismo episodio se repitió en vasta escala en todo el extremo sur del continente.

La empresa extenuadora de domeñar a un país de indios bravíos que agotaba los recursos financieros de la Corona y no rendía adecuados frutos tuvo pausas de desaliento. Se pensó en abandonar la empresa y dejar al indio en su rústica libertad. Pero venció el genio creador y colonizador de España y contribuyó a ello también el círculo de los intereses creados de los primitivos encomenderos. Así surgió Chile, como una vasta superación del hombre sobre un medio adverso, con parva economía agrícola y minera. El Real Situado, establecido en el siglo XVII, constituyó un arbitrio que la Corona buscó para evitar el hundimiento de la obra civilizadora emprendida en este pueblo.

El Situado era una especie de presupuesto burocrático que alcanzó a 60.000 ducados en un principio y con él se pagaba al ejército de la frontera. En 1606 alcanzó a 212.000 ducados que enviaba el Virrey del Perú, en virtud de una real cédula. Los impuestos en dinero o especies que pagaban los encomenderos se aflojaron a partir de esa fecha y un mayor desahogo recibieron los trabajos agrícolas de los dueños de la tierra. Pero el Real Situado tuvo también su cortejo de corrupciones, cohechos y negociados, como lo han señalado diversos cronistas y, entre ellos, el delicioso capitán don Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán en *El Cautiverio Feliz*, sólo comparable en su prosa algo barroca a *El Carrero*, del bogotano Rodríguez Freile.

El burocratismo criollo y las prolijas tramitaciones de los funcionarios tienen su ardua genealogía en el establecimiento del Situado, primitiva forma del moderno y abultado presupuesto nacional.

La vida criolla fué algo monótona en el siglo XVII. Los terre-

motos sacudían la corteza terrestre y ponían a prueba la capacidad administrativa de las autoridades. A menudo, las ciudades eran descajadas desde sus cimientos por rudas sacudidas y movimientos sísmicos en que el Clero veía signos de la cólera celestial. El Obispo Villarroel dejó una página imperecedera describiendo el terremoto de 1647, en que casi perdió la vida. Procesiones de penitentes y rezos interminables constituían una forma extravertida de la psiquis colonial en esos momentos catastróficos de incertidumbre cósmica. Los piratas también se asomaban por las costas chilenas y ponían en peligro las modestas fundaciones del litoral. Los holandeses ocuparon Chiloé y otros corsarios menudeaban sus visitas acechando los galeones con la plata de Potosí, que salía por el puerto de Arica. Una atmósfera de temor y de presagio envolvía a los habitantes de Chile cuando llegaba el fatídico anuncio de los piratas.

La existencia criolla se empinó sobre la mediocridad de la conquista a partir de la segunda mitad del siglo XVII. Un nimbo de presunta grandeza, el amor al fausto, el aumento de las construcciones civiles y religiosas, el boato de algún gobernador desaprensivo y las querellas de los frailes, alternaban con la gravedad del discurrir cotidiano. La sensualidad de la Quintrala, lucha de instintos mestizos con la sobrenaturalidad del ambiente, fué un paréntesis rjoso en el discurrir santiaguino. Cano de Aponte, cortesano y elegante, don Francisco de Meneses, con su autoritarismo individualista, y el corregidor Zañartu, vasco voluntarioso y acaudalado, son algunas de las estampas de excepción que entrecruzan el plácido limbo colonial.

Así llegó el siglo XVIII, después de las interminables contiendas de frailes e inquisidores con Obispos altivos y batalladores. Al dinamismo creador de los Austrias sucedía el sedentarismo agrario de los Borbones, con la secuela de la ilustración y el despotismo regio.

En Chile comenzó a desperezarse la mente de los criollos con una teoría de ingenios nuevos. Los señoritos ricos adquirieron la enfermedad de pensar. Algunos se ausentaron a Europa a representar intereses comerciales de sus padres y otros a estudiar en las aulas y academias del despotismo ilustrado. El orgullo de casta no impedía asimilar el viento renovador que circulaba en las tertulias de México y de Lima, de Madrid y de Guipúzcoa.

Los vascos y navarros llegaron a Chile en gran número a fines del siglo XVII y durante todo el siglo XVIII. En la gota étnica que se fundió con la masa de los más viejos moradores ardía un empuje extraño y una gran capacidad de hacer y edificar. El vasco era

laborioso, introvertido, ahorrador y sedentario. Vivía apegado al hogar y a los linajes, pero emprendía sus trabajos con gran voluntad y concentrado espíritu. Pronto sustituyó en esta lejana tierra a los descendientes de castellanos viejos y nuevos, extremeños y leoneses que constituían el núcleo fundamental de la Conquista. También llegaban furtivamente los judíos, principalmente de origen lusitano, que poseían nombres de cristianos nuevos o disfrazaban su heterodoxia racial con exageradas muestras de piedad. Así fué transformándose lentamente la fisonomía racial y psicológica de la Capitanía General de Chile.

Basterra decía que en donde esté el judío habrá intercambio; donde el vasco, obra. El judío, como lo observaba en el siglo XVI el Cardenal Mendoza, no llegó a constituir nunca un sector extenso en la población vasca.

El vasco trajo un elemento sedentario, pero a la vez realizador y jerárquico. Su cordura ha significado un elemento de estabilización social y su religiosidad un muro de contención contra las novedades espirituales. El jesuíta modeló a su imagen y semejanza las capas superiores de la sociedad chilena entre 1593 y 1767. Con los ejercicios espirituales en una mano y en la otra las constituciones de la Compañía y el *Ratio Studiorum* se hizo el milagro de jerarquizar a un pueblo mestizo.

No prendió ampliamente en Chile el ímpetu barroco de los Jesuítas, por escasez de medios materiales y también por la influencia ruda del ambiente. No quedó tiempo para estructurar templos como los de México y Quito, ni se trazaron ejercicios de ingenio tan sutiles como los que ocuparon a poetas del vuelo de Domínguez Camargo, Sigüenza y Góngora y Sor Juana, pero Pedro de Oña acendró en el Perú su pupila criolla y antes de morir escribió el singularísimo libro *Ignacio de Cantabria*, impreso en Sevilla en 1639.

El jesuitismo chileno equipó haciendas y rudimentarias empresas fabriles, organizó factorías comerciales, evangelizó a los indios, misionó por el corazón de Arauco y educó a varias generaciones de criollos. La filosofía colonial, antes del despotismo ilustrado, se resume en la síntesis de los dos cuchillos, del obispo agustino Fray Gaspar de Villarroel, que vivió en Santiago: uno era el poder eclesiástico y el otro el civil, sometido a las rigurosas normas morales de la Iglesia Católica. Pero Villarroel también sintió la comezón de ser criollo y predicó en la corte de Felipe IV, con audaces palabras y atrevidos conceptos en que solicitaba el acceso de los nativos de América a la atención de las autoridades hispánicas.

Los caballeretes de pelucas empolvadas de la Ilustración, con su rapé, sus libros prohibidos y sus tertulias domésticas imitaban a los más paladinos ejemplos de Europa. Don Juan Egaña leía versos en los estados de la Esterripa, la mujer del gobernador Muñoz de Guzmán, junto a don Manuel de Salas, don Ignacio Torres y don Bernardo Vera y Pintado. También bautizó a su quinta de Peñalolén con el nombre de «Las Delicias», imitando a Voltaire y a su jardín ginebrino. El enciclopedismo se difundía calladamente, a pesar de las severas prohibiciones, y un aire refrescante invadía los claustros y modestos cenáculos de Santiago. El futuro abate Molina había introducido las obras de Descartes y de Gassendi en la biblioteca jesuítica de la capital de Chile. Don Manuel de Salas, mente moderna y bien organizada, comenzó a mirar la Naturaleza con ojos nuevos y buscando la utilización de sus recursos con sentido pragmático de su valor. Gómez de Vidaurre describía en su tardía crónica el atraso penosísimo de la educación femenina y elogiaba la vivacidad intelectual de los criollos. Muchos chilenos emigraban a Lima y estudiaban en los claustros de San Marcos y de San Carlos. En Lima comenzó la educación enciclopedista de Juan Egaña y todavía rodea un profundo misterio las causas de la prisión en las celdas inquisitoriales del gran patriota y primer periodista de la Independencia, Fray Camilo Henríquez, nacido en Valdivia.

De esta manera se produjo la revolución libertadora que en un comienzo apenas se expresó tímidamente, pero después fué una lucha de bandos y de concepciones políticas. El siglo XIX sorprendió a Chile más maduro y con una población que bordeaba el millón de habitantes. El pueblo tomó el partido de los patrones y hubo chilenos entre los patriotas y los peninsulares. Los chilotes permanecieron fieles al Rey de España hasta su tardía liberación por Freire. Una teoría de crueldad y de fiera se desarrolló en la reconquista española, que concluyó con la batalla de Chacabuco. A las tareas militares sucedieron las de los improvisados legisladores y los teóricos revolucionarios saturados de las doctrinas de Rousseau, de Montesquieu y de Jefferson.

Chile vivió instantes de anarquía y los improvisados partidos apenas fueron una versión nueva de los bandos antiguos. Antes hubo en el Perú almagristas y pizarristas. En Chile existieron partidarios y enemigos de Valdivia. Entre los primeros estuvo el cronista Pero Sancho de Hoz, que pagó con su cabeza la conspiración que urdió contra el tozudo extremeño. A partir de 1820 aparecieron los pipiolos, o sea los liberales, y los pelucones, o sea los conservadores. El pipiolismo fué decapitado en la batalla de

Lircay, cuando asomó la enérgica personalidad de Diego Portales. La definitiva organización institucional de Chile tuvo como promotores a tres individualidades poderosas: a don Andrés Bello, a don Mariano Egaña y a don Diego Portales. Con formas republicanas se erigió una versión renovada de los poderes monárquicos. La creación más inmensa de los conservadores fué la impersonalidad del poder público y la autoridad presidencial disfrazada de paternalismo, pero firmemente asentada en el dominio de las clases superiores: el clero, los grandes propietarios y los comerciantes. El militarismo pipiolo fué aventado en Lircay primero, y después la sucesión de conspiraciones contra Portales y su régimen se desmenuzó bajo las mallas de las leyes marianas, o sea de las facultades extraordinarias que usaba el Ejecutivo criollo.

La república conservadora duró alrededor de cuarenta años. Portales era un instintivo y poseía una extraordinaria voluntad de poder. No ambicionaba el mando por el simple disfrute del mismo, como sucedió con sus émulos americanos. Tenía un instinto claro y ejecutivo, pero sazónaba sus medidas de fuerzas con aciertos de estadista. Disciplinó al país, eliminó a la *plebe*, como entonces llamaban a las multitudes, y abrió paso a un sistema de autoritarismo templado y progresista que todavía añoran ciertos teóricos de la derecha. Pero el insigne ministro obtuvo una versión chilena del monarquismo inglés, donde el rey reina, pero no gobierna. Los presidentes chilenos mandaban, pero no hacían sentir sus egregias personas y se rodeaban de un halo modesto.

Mariano Egaña había sido ministro en Inglaterra y durante su estada en Londres recibió el impacto del constitucionalismo británico, lo mismo que don Andrés Bello, el arquitecto supremo de la Constitución nacional de 1833.

De esta manera y por vías misteriosas e imponderables, la cordura anglosajona substituyó en Chile la violencia y el apasionamiento que tiñeron de sangre y tragedia a otros países hispano-americanos.

Nuestro pueblo no ha conocido en ciento cincuenta y tres años de historia civil a gobernantes de tipo dictatorial, con las excepciones del ilustre Balmaseda en 1891, y del general Ibáñez en 1927.

Los regímenes pelucones coincidieron con un extraordinario período de plenitud económica y de expansión racial. Los chilenos derrotaron al general Santa Cruz y a su sueño de dominación en el Pacífico Sur, que cayó derribado en la batalla de Yungay, con ayuda de numerosos emigrados peruanos. También se produjeron transformaciones profundas en la vida económica del te-

ritorio patrio, donde la riqueza de los latifundistas no radicaba en lo financiero, sino en los bienes naturales, como eran los ganados, las tierras, las cosechas y el dinero obtenido parasitariamente. En la segunda mitad del siglo, y ya bajo los regímenes liberales, se desenvolvió de un modo prodigioso la minería y su impulso fué típicamente capitalista e imperialista después de la guerra del Pacífico. En un período de escasos decenios se provocó una transformación insólita de la estructura económica de nuestro pueblo. El cobre, la plata, el salitre y el carbón reemplazaron a la precaria modalidad anterior. El capitalista minero ocupó el primer plano de la sociedad y su impulso determinó la aparición de un estilo de vida diverso. Las grandes ciudades se poblaron de palacetes imitados de los de París o de Londres, lujosos carruajes circularon por las calles de Santiago y muebles y ropas finas se exhibían en los saraos de la aristocracia.

Al modesto arquetipo agrario, simbolizado por la parvedad del vasco, se añadió un marco pomposo y maneras más ostentosas. Si el agricultor no ha representado en esa etapa de nuestra evolución más que un elemento conservador y rutinario, el minero resultaba, en contraste derrochador, rumboso y con un espíritu más liberal y ambicioso. Las inagotables riquezas de Chañarcillo, de Tamaya, de Caracoles, de la Higuera y del carbón de Lota se anticiparon a la molición del salitre, posterior a 1879, y también al auge del cobre bajo la nacionalización capitalista del siglo XX.

Chile alcanzó su mayoría de edad como nación, pero una herencia de imprevisión se acumuló durante largos decenios para gravitar en sus posteriores y tremendas crisis económicas. La técnica agrícola no se renovó sino con escasas excepciones, y los agricultores vivían endeudados o burlando las leyes tributarias con arbitrios heredados de los leguleyos coloniales. Grandes sumas de dinero se derrochaban en licores, trajes, cuadros y muebles importados, aparte de la fiebre exodista o viajera que padeció la clase alta y que reflejó en su extraordinaria novela *Los trasplantados* (1904) el maestro del realismo Alberto Blest Gana. La burocracia creció frondosamente después del furor salitrero y se improvisaron ciudades en el norte del país, donde antes existían villorrios como Caracoles o modestas caletas como Antofagasta.

La expansión nacional culminó con la conquista del desierto de Atacama y el triunfo obtenido con la guerra del Pacífico. A su terminación también se sometió el territorio de la Araucanía, lo que denominaban antes «la frontera» y nuevas provincias se abrieron al empuje de los colonos alemanes y de los pioneros criollos

del Sur. Según un historiador, el suelo que se incorporó materialmente al sistema económico nacional en el curso del siglo pasado corresponde al setenta por ciento de la superficie presente de la República, y en él vive el treinta por ciento de la población.

El capitalismo, aparecido bruscamente en el escenario político, modificó las costumbres y revolucionó los parcos hábitos de la población. La vida de los mineros en el Norte, con salarios más abundantes que los que existían en los trabajos del agro, ensanchó el horizonte mental de sus pobladores. El pampino pasó a constituir la vanguardia de la clase obrera.

En el Norte y en algunas grandes ciudades del Sur brotaron los síntomas de la denominada cuestión social. Primero fueron huelgas y resistencias a ciertos hábitos impuestos por las compañías salitreras, como ser el pago en fichas en vez de dinero por parte de las pulperías. En seguida vinieron, ya en este siglo, los sindicatos de clase y algunos embriones de cooperativas.

La vieja oligarquía ocupó fundamentalmente el escenario político durante todo el siglo XIX y gran parte del actual. Pero ya en la revolución de 1891 se destacaron hombres nuevos salidos de estratos más modestos que constituían una especie de equipo progresista en torno a Balmaceda. Pequeña burguesía provinciana, clientelas electorales lugareñas, militares desalojados de sus posiciones por los revolucionarios triunfantes y oligarcas resentidos constituyeron por un tiempo el confuso mosaico del balmacedismo. Mientras que Balmaceda cayó defendiendo las prerrogativas presidenciales, los que se agruparon en un partido político que utilizó su nombre no sintieron escrúpulos para mezclarse en las turbias intrigas parlamentarias.

Desde 1891 hasta 1934, Chile vive una etapa desaprensiva, cómoda y frívola, en que se pierde la robusta energía creadora de otras épocas de su historia.

El salitre proveía pródigamente a todas las necesidades fiscales y los partidos disfrutaban el turno del poder en medio de intrigas palaciegas que se fraguaban en los pasillos del Congreso o del Club de la Unión. Aparecieron los gestores administrativos, los profesionales del parlamentarismo productivo y la inestabilidad de los gabinetes constituyó la mayor de las preocupaciones de sucesivos y, a veces, incoloros mandatarios.

El capitalismo internacional se apoderó lentamente del salitre y después del cobre y del hierro. La voluntad creadora del nativo se desintegró y muchos capitalistas nacionales emigraron a Bolivia, donde prosiguió con gran tesón y energía la organización de empresas y faenas mineras con dinero nuestro.

«A fines de siglo —dice un economista— las minas de plata ya se encontraban en decadencia, lo que pocos años antes había ocurrido ya en la industria del cobre. La plata no ha logrado resucitar desde entonces, y el cobre le debe su gran auge al capital norteamericano, que organizó empresas de estructura complicadísima con el fin de explotar yacimientos de baja ley.»

Chile dejó arrancar de sus manos en forma descuidada las principales fuentes de sus modernos ingresos fiscales. Mientras en el siglo anterior se hizo un magno esfuerzo que puso a prueba el ímpetu criollo, en éste, apenas se instauró el régimen parlamentario vino una época de desidia y de mollicie colectiva. Los sociólogos y ensayistas se dieron cuenta de semejantes fenómenos, pero los políticos prefirieron seguir el cómodo juego de sus intereses.

A raíz de los cambios operados en 1920 se comprobó el debilitamiento casi definitivo de lo que el historiador Alberto Edwards bautizó como «la fronda aristocrática». Alessandri y su régimen, derribados en 1924 por una rebelión militar, encumbró otros equipos salidos principalmente de la clase media santiaguina y provinciana. Pero la corrupción de los partidos no disminuyó y paralelamente al descontento social se incubaba en el subconsciente moderado de los chilenos una transformación profunda y revolucionaria.

El crecimiento burocrático del país, el aumento de la educación popular, la promulgación de la ley de instrucción primaria obligatoria sacada por medio de un compromiso parlamentario, los apetitos brotados en las esferas mesocráticas y la prédica socializante de intelectuales y estudiantes contribuyeron a movilizar con entusiasmo a núcleos que eran desconocidos en el campo ideológico. La época inmediatamente anterior entre 1891 y 1920 parecía una república veneciana, como alguien la bautizó. La política santiaguina apenas sobrepasaba entonces a los círculos locales influyentes y movía sus recursos entre los clubs elegantes y los pasillos del Congreso.

El proletariado también activaba sus planes de acción y la Federación Obrera de Chile, inspirada por Luis Emilio Recabarren y otros caudillos populares, aprovechó la cesantía y el hambre para robustecer sus filas.

Alessandri era un sutil político de diversa índole que sus adversarios. Demagogo y tribuno de grandes recursos oratorios, instintivo y pasional a la vez, sin embargo no logró canalizar el descontento ni mucho menos establecer un gobierno austero y sobrio. La clase media, en sus primeras actuaciones colectivas, aunque po-

seía un fondo inteligente y renovador, repetía los errores oligárquicos, pero sin las maneras finas y cautelosas de sus líderes. «Formada dentro de un ambiente social corrompido —dice el escritor Carlos Keller en su obra *La eterna crisis chilena*—, la nueva clase social hizo suyo el ideal minero de enriquecerse dentro del menor tiempo posible, con el menor esfuerzo y sin contemplaciones ni escrúpulos de ninguna especie.»

Vinieron entonces y contaron con el apoyo de estos sectores los diversos regímenes militares que se sucedieron en Chile en un borrascoso período de su desenvolvimiento contemporáneo. Los militares que echaron a Alessandri en septiembre de 1924 lo llamaron de nuevo en enero de 1925. A la Junta reaccionaria de Altamirano la reemplazó otra de vago tinte izquierdista, pero manejada desde la sombra por astutos y solapados políticos. De esta manera rodó el país hasta 1927, fecha en que entró en la dictadura de Ibáñez, que duró hasta 1931.

Se levantaron entonces las consignas de mucha administración y poca política, pero el pueblo siguió acorralado en su miseria y se le reprimió en nombre de un orden que era meramente policial.

Numerosas obras públicas, una eficaz reorganización administrativa y onerosos empréstitos simbolizan los ángulos positivos de ese lapso.

Los políticos no aprendieron nada de su bancarrota frente a los soldados y a los ambiciosos arribistas que, a veces, aparecían disfrazados de técnicos. La crisis de 1929 gravitó sobre Chile y pronto se desmoronó el sistema paternalista y discrecional en que muchos encontraron la expresión de un espíritu revolucionario y realizador. La restauración del civilismo fué efímera y no resolvió lo mismo que la dictadura, los problemas financieros de la nación. La moneda descendió de 6 peniques a 3, y durante los carnavalescos gobiernos socializantes que se sucedieron entre junio y octubre de 1932 se dió un impulso pavoroso al torrente inflacionista. Hubo ministros de hacienda que defendieron con denuedo el régimen del papel moneda abundante y barato y empezó una carrera espectacular de las monedas duras.

Los partidos derechistas y los radicales, asociados con ellos en un contubernio inconsistente, volvieron a levantar a Alessandri en octubre de 1932. La segunda presidencia del caudillo, de psicología meridional y amplia imaginación recursista, dió buenos resultados en lo económico desde el punto de vista de las clases acomodadas, pero irritó al pueblo. A fines de la segunda administración de Alessandri surgía una oleada de huelgas, un descontento catastrófico y se descubría una nueva panacea: el Frente Popular.

A pesar de los esfuerzos desplegados por la derecha, triunfó en las elecciones de 1938 el profesor y político radical Pedro Aguirre Cerdá, moderado y cauteloso en relación con otros de los voceros ideológicos de la izquierda. Aguirre Cerdá construyó numerosas escuelas, creó la Corporación de Fomento de la Producción y subrayó la nota industrializadora del país en su malograda administración. La anarquía de los nuevos partidos, comunistas, socialistas y radicales, brotó bajo la forma de querellas, divisiones y luchas doctrinarias estériles. Al morir Aguirre Cerdá, antes de concluir su período, nos expresó su profundo desengaño de su propio partido: el radical.

Le sucedió otro radical, Juan Antonio Ríos, hombre del Sur, de corta imaginación, pero de neto carácter criollo y el menos demagógico de los mandatarios recientes. Se hizo posible su victoria, contra la candidatura derechista de Ibáñez, por el apoyo de un sector liberal apadrinado por el propio Alessandri, quien dividió a las fuerzas llamadas de orden en favor del postulante de las izquierdas. Ríos mantuvo hasta donde pudo la neutralización chilena, aconsejado por ocultos agentes del Eje, pero al fin rompió con éste e incorporó a nuestro país a la causa de las democracias.

El Presidente Ríos también habló de crisis moral y trató de imponer su enérgica personalidad a los voraces apetitos de sus correligionarios y aliados. No persiguió la popularidad, se distanció del comunismo, sin perseguirlo, y siguió el ritmo de la industrialización del país, con olvido de sus necesidades agrarias. También falleció en pleno ejercicio del poder y, aprovechándose de la división de las derechas, su partido, el radical, hizo triunfar a Gabriel González Videla, el tercer Presidente de ese color político que hubo en Chile.

El nuevo Presidente era del Norte Chico, o sea de la región minera que había dado en el siglo XIX grandes caudillos al radicalismo. Poseía una fantasía que contrastaba con la gravedad de los políticos santiaguinos y era dúctil y sagaz para moverse entre las intrigas y los enredos de los partidos. Está muy reciente su período de gobernante y por eso debe ser juzgado con cautela. El derroche administrativo, la imprevisión fiscal y colectiva, las represiones al comunismo, la industrialización rápida del país a costa de su potencial agrícola, son parte de su acción. Las huelgas y movimientos gremialistas se sucedían vertiginosamente y un equipo de concentración nacional, formado por liberales, socialistas, radicales y conservadores tradicionalistas tuvo que ceder el paso a otro impulsado por una rebelión de empleados públicos en el que figu-

rabán radicales, falangistas y socialcristianos, o sea una rama presuntamente avanzada del grande y viejo partido pelucón.

La indisciplina social alcanzó con González Videla límites increíbles, pero a su favor habría que apuntar el hecho de que ésta era fomentada por los propios sectores adversos. En dos o tres oportunidades, en 1949 y 1951, estuvo a punto de caer el régimen constitucional, amenazado por los gremios, por conspiraciones impulsadas por elementos foráneos y por el descontento de los ya poderosos y diversos movimientos ibañistas.

La Ley de Defensa de la Democracia, que patrocinó ante el Congreso el propio Presidente González Videla, sirvió para perseguir a los comunistas que fueron sus principales aliados en 1946. cuando postuló la primera magistratura. En su nombre se disolvieron sindicatos, se apresaron dirigentes obreros y se instauró un proceso judicial al poeta Pablo Neruda. Hubo injusticias, pero muchos consideran que el régimen democrático estuvo entonces amenazado tanto desde el campo del neofascismo como del comunismo.

El prodigioso equilibrio político que exteriorizó González Videla le impidió ser derribado y pudo terminar su período, después de una prolija y larga lucha electoral. Se presentaron ahora cuatro candidatos: un radical, Pedro Antonio Alfonso, destacado hombre público, apoyado por los partidos de centro izquierda; un liberal de templado carácter, gran inteligencia y nobles condiciones morales e intelectuales: Arturo Matte Larraín, sostenido por los liberales, los conservadores tradicionalistas, los democráticos nacionales, los agrarios y un vasto conglomerado independiente; el doctor Salvador Allende, socialista, abanderado del Frente del Pueblo, con socialistas y comunistas, y el General Carlos Ibáñez del Campo, que fué proclamado por los partidos agrariolaborista, democrático del pueblo, socialista popular, radical democrático, pero que buscó su éxito desatando un pederoso movimiento de masas descontentas y desencantadas de los partidos tradicionales.

El triunfo del General Ibáñez en septiembre de 1952 con más de 450.000 votos en un total de 1.100.000, significa, en cierto modo, un vuelco profundo de la política nacional. Abre un tremendo interrogante sobre todos los chilenos y constituye una severa lección para la desaprensiva actitud de los grupos tradicionales y de algunos nuevos. Derrotó a la organización electoral admirable de la derecha, al fervor del Frente del Pueblo, que apenas obtuvo poco más de 50.000 votos, y a la disciplina cohesiva del Partido Radical.

El chileno pasa por un instante de crisis moral y se interroga.

a cada momento, sobre su destino futuro. Nunca, como hoy, su porvenir ha sido más confuso, pero a la vez más promisorio. La bancarrota financiera del Estado, que algunos exageran, es la consecuencia de errores acumulables por decenios por un mal manejo de nuestros recursos internos. La inflación pavorosa ha hecho ascender el dólar de 100 pesos, que fué el máximo registrado en la anterior Administración, a 168, en estos días. La burocracia consume la mayoría de los ingresos fiscales y municipales hasta un punto insuperado en épocas más creadoras y austeras. El descontento de los gremios de empleados y de los sindicatos obreros no siempre exhibe aristas desinteresadas, sino agresivos síntomas de segregación social. Pero también se alimenta del alza del costo de la vida, producto del inflacionismo general que hoy abruma a todo el continente americano. Se impone, como recurso supremo, una rigurosa sobriedad en los gastos del Estado y en el otorgamiento de divisas.

El chileno medio ha vivido embriagado con los mitos del industrialismo y siempre ha sido dilapidador y arbitrista. Salvo la pausa jerárquica del vasco o la nota constructiva de ingleses y alemanes en sus zonas económicas de influencia, los demás pobladores de este lejano territorio creen irrazonablemente en la buena estrella del país. Un libro reciente dice que entre 1937 y 1950, el poder adquisitivo del peso bajó en un 33 por 100 por año. Pero no cesa el estilo de vida fastuosa y el amplio dispendio fiscal y particular, que asciende con cifras catastróficas.

El complejo racial que antes fuera sobrio ha perdido también su distintivo de ascetismo. No olvidemos que todo el esfuerzo colectivo se desplegó sobre un medio duro y no sometido a la explotación sin una larga lucha con el clima y las adversidades geográficas. Una generación desaprensiva puede arruinar el hermoso conjunto de calidades morales con que nos enorgullecíamos en América. Pero indudablemente, todas estas transformaciones de tipo industrial y económico han significado un fuerte desembolso en monedas duras. Quedan muchas riquezas industriales inexploradas. Los técnicos nacionales han demostrado sagacidad y eficiencia frente a los extranjeros en la conducción de minas, fábricas y empresas industriales. Chile todavía no se abastece de petróleo, pero lo descubrió en Manantiales, en la región magallánica. El acero de Huachipato puede servir en el futuro para cubrir el déficit alimenticio de nuestras clases sociales. Las chimeneas de Paipote, en la provincia de Atacama, elevan sus penachos de humo como un símbolo arrogante de nuestra capacidad.

En lo internacional, Chile está rodeado de enigmas y de inte-

rrogantes. No sabemos con claridad qué pretende el General Peirón y su llegada a Santiago sirvió para desunir más a la ya dividida familia chilena. El tratado económico con el régimen justicialista merece severas críticas y reparos considerables. La crisis de los partidos tradicionales ha sido más aparente que real y podemos comprobar que ya se ha sobrepuesto al ciclón devastador de septiembre de 1952. El nuevo Gobierno lleva pocos meses de existencia y todavía no toma rumbo. Ha respetado las libertades públicas y mantiene a la prensa independiente sin censura. La vida intelectual y artística del país ha conseguido un ritmo insospechado en todos los campos. La autonomía universitaria permite a Chile sostener un plantel de estudios donde resplandecen el respeto a la persona humana y a todas las ideologías y creencias.

El balance de las cosas buenas y de las reservas raciales es todavía satisfactorio. La batalla sorda entre los partidarios del despotismo, ya sean éstos de izquierda o derecha, se despliega en zonas oscuras de la población que están siendo trabajadas por el totalitarismo foráneo. Pero el chileno medio sigue aferrado a su destino y busca nuevas expresiones de su descontento creador y su inagotable paciencia. La movilidad política de las multitudes ha hecho que Chile en escasos años de diferencia haya pasado por todas las experiencias y por los más antagónicos climas ideológicos. Para unos, esto sería un signo de madurez; para otros, una nítida prueba del oportunismo de las masas.

Las multitudes aclamaron a Alessandri en 1920 y lo olvidaron en 1924. De nuevo lo hicieron volver victoriosamente en 1925 y pronto lo contemplaron abandonar, en medio de la indiferencia, el territorio de la patria. En 1931 lapidaron al General Ibáñez y en 1952 lo vindicaron con una votación fenomenal. También hubo grovistas y davilistas en 1932, que más adelante fueron alessandristas cuando el caudillo volvió a ponerse la banda presidencial en 1938. Alessandri hizo izquierdismo cuando encabezó las multitudes desesperanzadas del año 20, y en 1938 habló de restaurar la ley y el orden, aliado con las derechas.

Todavía presenciaremos muchas restauraciones en sucesivos movimientos pendulares de la aborascada sucesión de hombres, de doctrinas y de oportunismos. Lo concreto es que Chile exhibe hoy un aspecto distinto al de su realidad antigua. La apariencia es de optimismo desaprensivo, de abundancia en los gastos públicos, de teatros, cines y restaurantes colmados de público a toda hora. La máscara es alegre, el rostro es taciturno. No somos pesimistas y ya nos hemos acostumbrado al variado mosaico que presenta el panorama íntimo de este pueblo.

El cosmopolitismo de Santiago y su febril impulso de los diez años últimos es un síntoma de superación. Han desaparecido las monolíticas clases tradicionales y en los hoteles y teatros hallamos centenares de caras desconocidas. El Frente Popular destacó políticos de origen semítico y el ibañismo, en el amplio registro de sus voces, resalta varias de ascendencia árabe, que además son difíciles de pronunciar. Esto es lo exterior, pero el alma nacional empieza también a resentirse y los odios sociales forman una carga pesada para los futuros hombres de Estado. Una naturaleza con más exterioridades de riqueza que las que hay en su entraña, aún resulta indomesticada, y un olvido de los deberes colectivos puede conducirnos a una crisis más grave.

Sin embargo, los valores reales del chileno, por sobre los márgenes de sobreestimación, no se han disgregado en profundidad. El pesimismo de los políticos profesionales y de los arribistas improvisados en equipos brotados de la marea del descontento social, no alcanzan todavía a deslustrar el realce egregio de nuestra tradición. Fundir en sus recios moldes todas las inquietudes presentes parece ser el deber más imperioso de las nuevas y precipitadas generaciones de criollos.

RICARDO A. LATCHAM

